IGNACIO LÓPEZ CALVO y VÍCTOR VALLE, editores. *Latinx Writing Los Angeles: Nonfiction Dispatches from a Decolonial Rebellion*. Lincoln: University of Nebraska Press, 2018. 234pp. ISBN 978-1-4962-0241-3.

Éste es un libro para ser leído por las costuras, como buena parte de la no ficción. Su apuesta es la de imaginar la ciudad global mediante realidades ocultas y poblaciones denegadas. Es, en ese sentido, un texto nacido de motivaciones profundas: por un lado, está un inmenso amor hacia Los Ángeles, esa contracara del sueño estadounidense ubicada entre la sierra y el mar, altamente influenciada por espejismos y apariencias; por el otro, está el afán de hacerle un ajuste de cuentas a una cultura angloparlante empecinada en ignorar poblaciones habitantes de la ciudad desde antes de la llegada de los descendientes de Albión. En ambas cuentas, el texto sale triunfante.

Los primeros capítulos documentan cómo, de manera sistemática, antologías supuestamente dedicadas a autenticar la tradición literaria de la ciudad se han encargado de propagar la noción de la inexistencia de un hábito literario de manera previa a la llegada del anglo. Primero, se sugirió una presencia letrada en oposición a la hegemonía cultural del oriente del país; dicha labor se cumplió con creces, eximiendo a los latinos de traza alguna. La ciudad letrada que es Nuestra Señora Reina de los Ángeles –afirman las primeras compilaciones en inglés– tan sólo es tangible en la lengua del imperio invasor de una cuarta parte del globo terráqueo. Por ninguna parte se avistan poblaciones amerindias, mestizas, negras o caucásicas hispanoparlantes –consecuencia de otro acto de rapiña intercontinental–. Dichos moradores eran imaginados iletrados o invisibles mediante un sesgo compilatorio prejuicioso. Con ese fin, se aborda gran variedad de tropos: el de la ciudad asediada por el desierto; el de una mexicanidad exenta de ciudadanía, tolerada en la medida en que habilitara un anglicismo civilizatorio; el de un capitalismo tardío y sus cómplices tecnologías neoliberales, empecinadas en fomentar inequidades; el de la negación de una cronología literaria que fuera más allá de la llegada del anglo, por ende eximiendo al asentamiento de historia; el de una histeria mediática engendradora de una imagen chicana gansteril; el de una cultura fantasma; etc. Para fustigar tal encubrimiento, López Calvo y Valle repasan seis tecnologías dedicadas a la omisión del protagonismo latino: metáforas espaciales y narrativas esencialistas; metáforas y narrativas promotoras de la urbe cual morfología de superficies; estrategias definidoras de lo urbano en oposición a la memoria o naturaleza; recodificación de jerarquías del gusto literario sustentadoras de distinciones, que no del entendimiento de diferencias; un monolingüismo robustecedor de fronteras limítrofes; y, para colmo, una delimitación normalizadora de la reproducción de semejantes tecnologías. Entre otros desconuelos, concluyen que el archivo literario hispanoparlante no difiere mucho del angloparlante, pues también marginaliza testimonios de índole africana, amerindia u oriental, afianzándose mediante gestos derridianos para ratificar el carácter veraz de

sus recuentos. En síntesis, el canon castellano resulta tan fanático como el inglés. El texto subraya cómo Los Ángeles ha sido diagramada a punta de espacios urdidos en inglés, ajena en su integridad a poblaciones practicantes de lenguas americanizadas, mestizas o mulatas, amén de la riqueza emanante del choque entre culturas.

Los antologistas hacen elogio encomiable de la labor de Nicolás Kanellos, responsable de la recuperación del legado literario latino mediante una prolongada labor investigativa. López Calvo y Valle celebran su objeción a la noción extendida de carencia de tradición letrada en inmigrantes de primera generación. Luego, esta antología se fundamenta en “una colección de excepciones perturbadoras del campo literario nacional” (43), aseguran ambos. En ella, se divisa una nueva ciudad, heterogénea y contradictoria, pero mucho más fehaciente. De esta manera, López Calvo y Valle reconocen en la crónica el potencial necesario para desestabilizar los prejuicios reinantes en el *establishment* monolingüe. Fuera de la oscuridad, sugieren entre líneas, los fantasmas no sólo estremecen, sino que también aclaran.

La selección de textos es propicia. En primer lugar, está la crónica de 1721 del padre Ignacio María Nápoli, en la cual se registran facetas infaustas de la labor evangelizadora jesuita. De manera pertinaz, Nápoli juzga y condena los hábitos y costumbres de los primeros pobladores, equiparándoles con salvajes carentes de higiene o moral. Si los indígenas ofrecían sus mujeres a los recién llegados, de seguro se debía a una ausencia de valores y no a que el previo hostigamiento de piratas ingleses así lo hubiera impuesto a punta de violencia y represalia. Luego sigue un texto de Francisco P. Ramírez, publicado el 19 de marzo de 1859 en *El Clamor Público*. En él, se aprecia un conocimiento diáfano de la agenda expansionista estadounidense, hambrienta de tierras y dominio marítimo; la única alternativa política ofrecida a cambio es una hipotética solidaridad católica entre los pueblos franco e hispanoparlantes. La tercera crónica, de Ricardo Flórez Magón, publicada el 12 de noviembre de 1910 en *Regeneración*, lidia con un deber aún pendiente entre historiadores: el linchamiento del mexicano Antonio Rodríguez en Rock Springs, Texas, el día 3 de noviembre del mismo año. El desdén con el que son tratados los mexicanos es del común conocer del público, aventura Magón. Tristemente, parece que el texto fuera de ayer. El cuarto texto, publicado por la colombiana Blanca de Moncaleano el 7 de septiembre de 1915, nos habla del espíritu preclaro del anarquismo al develar la brecha entre un discernimiento incluyente de nación y el carácter brutal del Estado, cual desconstrucción de fines de siglo veinte.

Con la quinta entrada se da un cambio de tono, pues incorpora un texto de Alfredo Cobos, abuelo de Víctor Valle. Revela la vigencia del trauma resultante de la coyuntura política —la Revolución mexicana—, cuando Cobos fue forzado a marchar entre las huestes villistas hasta lograr escapar y reunirse con su familia al otro lado de la frontera. Se trata de un balance de pérdidas y ganancias, a la manera de los californianos de hoy. En él, Los Ángeles sirve de refugio, de santuario de vieja data. Dicha redacción contrasta con los siguientes apartes (1947-1974) del diario de Anaïs Nin, en los cuales

se rememora cómo la inmigración angelina se vivía cual rito de eventual retorno en “un puñado de suburbios en búsqueda de ciudad”, según la afamada frase de Wright citada por la autora. A la usanza del testimonio, la vida del fundador del Centro de Acción Social Autónomo (CASA), Bert Corona, redactada por el cronista Jesús Mena, ofrece un recuento del activismo chicano, pasando del episodio de Sleepy Lagoon a los roces con el otrora incipiente conservadurismo de la derecha estadounidense, tangible en un muy xenófobo Ronald Reagan en 1971. El salto a los recuerdos de juventud de Helena María Viramontes, catedrática de Cornell, resulta refrescante, pues pasamos a un ámbito más íntimo, lúdico, de incongruencias reveladoras, tan distinto a lo angloamericano, y a una relación problemática con la frontera, al igual que muchos otros angelinos. Más que un recuerdo, el siguiente texto de Alejandro Murguía es un exorcismo, postulando una lectura poscolonial de una misión cercana, en la que la institución es denunciada como cómplice de genocidio y epistemicidio, fundamental para la comprensión de la opresión experimentada por los chicanos. Los dos siguientes textos, de Harry Gamboa Jr. y Guillermo Gómez Peña, nos hablan de representación —o más bien, de falta de ella— mediante la descripción de fotografías documentadoras de vivencias chicanas plenas de enajenamiento y alienación, y el recuento de la tragicómica expulsión del artista Hugo Sánchez (sí, tal cual el futbolista) de tierras aztecas al supuestamente deshonorar los colores patrios. Acto seguido, la cuentista Nylsa Martínez narra el angustiante extravío de su madre al conducir a Los Ángeles entre luces que deslumbran, e incluso desorientan. Luego, Sheshu Foster hace acopio de ironía para entremezclar de manera juguetona la historia del cine con las vivencias del este de la ciudad. Los tres últimos textos, de Héctor Tobar, Sonia Nazario y Rubén Martínez, son magistrales. Partiendo de un Che gorila, que salta a punta de lianas en la jungla, Tobar recrea a Los Ángeles como asentamiento campesino, con elotes frente a las casas y un gran desfile de mártires. Nazario materializa el vía crucis migratorio desde ambos lados de la frontera, detallando la angustia de la madre y el correspondiente impacto del abandono en los niños. Martínez asesta el golpe final a punta de ratas, que, en casa de su padre, simbolizan el asedio de la codicia neoliberal. El inmueble, domicilio de la prohibitiva valorización del suelo californiano, resume la complejidad de la relación entre padre e hijo.

Quien quiera aventurarse a un curso delineador de la latinidad hará bien contemplando este volumen, pues en él se encierran, una y todas, las claves del porqué, luego de tantos años, seguimos sintiéndonos tan lejos y cerca de ser estadounidenses. En él, Los Ángeles no sólo hace las veces de aldea global, sino también de compendio de alegrías y penurias, pese a reiterados intentos por invisibilizarnos. Hacen bien López Calvo y Valle en confiar en la crónica. En tiempos de periodismos inciertos, es más fidedigna.

Héctor Fernández-L’Hoeste
Georgia State University